



Capítulo 448: La próxima vez morirás.

Virgilio miró a Titania, que ahora yacía entre hojas quemadas y fragmentos de runas destrozadas. Jadeaba de rabia, con sus pequeñas manos apretadas en puños y sus alas temblando de esfuerzo, no por debilidad, sino por frustración. Todavía se le escapaban chispas mágicas del cabello como brasas rebeldes. Su rostro, antaño radiante y majestuoso, era ahora una mezcla de furia, humillación y confusión.

Vergil acaba de suspirar.

Con la mirada cansada de alguien que había visto este tipo de orgullo antes — y los había sobrevivido a todos—, habló con una voz profunda y tranquila: "Puedes odiarme todo lo que quieras, Titania. No me importa un carajo. Pero si tanto quieres salir de este maldito lugar... será mejor que empieces a cooperar."



Intentó levantarse tropezando con una raíz ennegrecida. Sus ojos, todavía en llamas, se fijaron en los de él con puro desprecio.

"Nunca," ella escupió. "¡Nunca confiaría en un Lucifer!"

Vergil no respondió de inmediato. Él simplemente la observó durante unos largos segundos. Entonces su expresión se suavizó —no por compasión, sino por aburrimiento.

"Bien," dijo, en un tono casi indiferente.



Chasqueó los dedos y la niebla oscura se disipó. El sello de la energía de la muerte había desaparecido. Titania cayó de pie al suelo, libre.

"Eres libre", dijo, dándole la espalda. "Haz lo que quieras."

Comenzó a caminar hacia el bosque, pasando por ramas retorcidas y árboles carbonizados, como si el enfrentamiento nunca hubiera ocurrido.

"No me importa."

Por un momento, Titania permaneció congelada. Confuso. Como si el guión de su propia indignación hubiera sido destrozado justo frente a ella. Sus ojos se abrieron y el brillo rojo parpadeó en sus pupilas. Un silencio incómodo flotaba en el aire, interrumpido únicamente por el sonido de los pasos de Virgilio que retrocedían hacia el bosque.

"¿QUÉ QUIERES DECIR CON QUE NO IMPORTA?!" Ella gritó, su voz resonando mágicamente en el claro, como un trueno en miniatura.

Vergil se detuvo. Ni siquiera se molestó en girar la cara.

"¿Sabes qué?" dijo, con el tono de alguien que ha dejado de discutir con gente testaruda. "No hay razón para salvar a alguien que no quiere ser salvo."

Finalmente miró por encima del hombro, con los ojos medio cerrados, pero brillando con algo más frío y antiguo que la ira.

"Solo estaba siendo... misericordioso. Ayudando a alguien que conocí. Alguien que también quedó atrapado. Pero si prefieres este maldito agujero, esta prisión húmeda y podrida hecha de raíces muertas y sueños rotos... adelante."





Zuri, de pie unos metros detrás, permaneció en silencio. Sus ojos se lanzaron entre ellos dos con miedo.

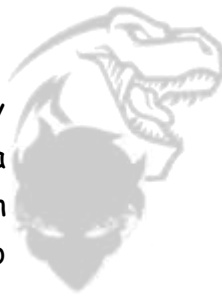
Titania, todavía con la boca abierta, meneó la cabeza con incredulidad.

"¿Crees que puedes chantajearme con compasión? ¿Qué me arrastrarás de regreso al mundo como si fuera un animal herido?"

Vergil se encogió de hombros. "No te arrastraré a ninguna parte."

Empezó a caminar de nuevo.

"Voy a explorar este bosque. Descubra qué está corrompiendo este lugar y encuentre una salida. Contigo o sin ti. Sólo te di una oportunidad. Porque a pesar de todo... parece que sabes más de lo que pretendes. Y porque, en algún lugar profundo de ese ego destrozado, creo que todavía hay algo de ti que no ha sido aplastado por este mundo."



Titania no respondió. Ella simplemente apretó los dientes, todavía temblando, todavía tratando de absorber la lógica invertida que Vergil le estaba ofreciendo. ¿No era él quien debía pedir perdón? ¿Para ayuda? ¿No era él el descendiente de Lucifer, el símbolo de todo lo que ella juró odiar?

"Pero una cosa," añadió, su tono ahora se endurece como la piedra. "Ataca de nuevo... y no lo dudaré."

Se detuvo y se giró, con la mirada tan helada que incluso la vegetación cercana pareció retroceder.



"Te mataré. De verdad."

Titania sintió un extraño escalofrío. No miedo a la muerte, sino a la frialdad con que lo había dicho. Sin ira. Sin placer. Sólo una observación natural. Como si matar a alguien fuera tan fácil como encender un interruptor de luz.

"No te dejes engañar por mi calma," dijo Virgilio. "Alguien con un corazón muy grande... pero fui criado por una mujer que me enseñó muy bien mi valor. La misericordia es un lujo para alguien que me ataca. Tuviste tu oportunidad. A partir de ahora... no habrá una segunda oportunidad. Es una muerte segura."

El silencio regresó, espeso.

Zuri se levantó el cuello del abrigo nerviosamente.

Titania bajó la mirada por un momento. El orgullo todavía palpitaba dentro de ella, pero ahora se mezclaba con algo que no había sentido en siglos: la incertidumbre. No era sólo su poder. Fue la forma en que lo usó. Como si todo fuera sólo una extensión del aburrimiento de la existencia. Y eso... eso fue más aterrador que cualquier magia.



Ella no dijo nada cuando Virgilio desapareció entre los árboles.

Zuri dudó, miró al pequeño hada que todavía estaba allí y luego corrió tras él. Cuando lo alcanzó, caminando entre las viñas y las raíces, susurró:

"¿Crees que nos seguirá?"



"Lo hará", respondió Virgilio sin mirar atrás. "Ella se hará la difícil y se esconderá para ver si soy como Lucifer. Pero eventualmente cederá y aceptará la realidad de que su trauma la está distorsionando."

"¿Cómo puedes estar tan seguro?"

Sonrió levemente, casi imperceptiblemente. "Porque lo que más odia... es estar sola. Ella era una reina, su vida siempre giraba en torno a los demás. Ella odia estar sola, por eso creó un golem."

Virgilio estiró los brazos por encima de la cabeza, dejando escapar un bostezo largo y perezoso. El sonido contrastaba grotescamente con el peso de lo que acababa de decir. Era como si la advertencia de muerte, la tensión entre los tres y el olor a cenizas en el aire no fueran más que un pequeño revés en su época.

Se encogió de hombros, rompiendo huesos que parecían más acostumbrados a la violencia que al descanso.

"Cierto", murmuró, como si finalmente decidiera levantarse de la cama en una mañana fría. "Es hora de ponerse a trabajar."

Zuri, todavía tratando de seguir el ritmo de los pensamientos que giraban como engranajes rotos, se detuvo a su lado.

"¿Qué vas a hacer?"

Virgilio cerró los ojos. Respiró profundamente.

"Buscar...y destruir."





En el siguiente instante, su aura se expandió.

No como un vendaval o una explosión, sino como una marea negra que simplemente estaba allí—inevitable, densa, antigua. Comenzó como un susurro en las hojas, luego un escalofrío en las ramas, hasta que todo el bosque pareció contener la respiración. La tierra palpitaba bajo sus pies. Los insectos se quedaron en silencio. La luz entre las copas de los árboles se oscureció ligeramente, como si el sol tuviera miedo de mirarlo directamente.

Una ola de energía demoníaca surgió del cuerpo de Virgilio como humo viviente. No fue una simple manifestación de poder—fue presencia. Una sombra invisible que se extendía a cada rincón del bosque, infiltrándose en raíces, rocas, arroyos, grietas entre árboles antiguos y podridos. Era como si estuviera imprimiendo su existencia en el ecosistema mismo, como tinta derramada sobre papel de arroz.

"Esto... esto es..."—Zuri se encogió de miedo, con los ojos muy abiertos. "Es como si estuvieras tocando todo..."

Virgilio sonrió, sin abrir los ojos.

"Yo soy. Estoy marcando, sintiendo, escuchando. Todo lo que respira, se mueve o intenta ocultar. Ningún secreto sobrevive cuando el infierno presta atención."

Con cada segundo, su energía se expandía aún más. Pequeñas criaturas corrían, las sombras se agitaban y desde lo profundo del bosque llegaban ecos —no sonidos, sino impresiones. Algo sintió su toque. Algo antiguo. Algo que no quería ser encontrado.





Virgilio levantó la mano lentamente y la energía respondió como una marea obediente, moldeándose a su alrededor en pequeños filamentos oscuros que ondulaban como serpientes.

"Todo en este lugar está podrido. No es sólo una maldición. Es una corrupción con conciencia. Está vivo. Se alimenta. Se adapta."

Abrió los ojos. Ahora no eran sólo ojos— eran rendijas de ámbar en llamas, atravesadas por anillos negros que giraban lentamente, como agujeros negros en órbita.

"Pero ahora... a mí también me da sentido."

Zuri dio medio paso atrás.

"¿Estás provocando esto?"

"No," respondió con una sonrisa fría. "Lo estoy desafiando."

